

obras históricas completas

Jerónimo Pérez



COLECCION CULTURAL
BANCO DE AMERICA
NICARAGUA, C. A.

Serie Histórica N°5

FONDO DE PROMOCION CULTURAL BANCO DE AMERICA

La Junta Directiva del Banco de América, consciente de la importancia de impulsar los valores de la cultura nicaragüense, aprobó la creación de un Fondo de Promoción Cultural que funcionará de acuerdo a los siguientes lineamientos.

1.- El fondo tendrá como objetivo mediano la promoción y desarrollo de los valores culturales de Nicaragua; y

2.- El Fondo tendrá como objetivo inmediato la formación de una colección de obras de carácter histórico, literario, arqueológico y de cualquier naturaleza, siempre que contribuyan a enriquecer el patrimonio cultural de la nación. La colección patrocinada por el fondo se denominará oficialmente como "Colección Cultural-Banco de América".

El Fondo de Promoción Cultural, para desempeñar sus funciones, estará formado por un Consejo Asesor y por un Secretario. El Consejo Asesor se dedicará a establecer y a vigilar el cumplimiento de las políticas directivas y operativas del Fondo. El Secretario llevará al campo de las realizaciones las decisiones emanadas del Consejo Asesor.

El Consejo Asesor del Fondo de Promoción Cultural está integrado por:

Dr. Alejandro Bolaños Geyer

Don José Coronel Urtecho

Dr. Ernesto Cruz

Don Pablo Antonio Cuadra

Dr. Ernesto Fernández Holmann

Dr. Jaime Incer Barquero

Don Orlando Cuadra Downing, Secretario

OBRAS PUBLICADAS POR EL FONDO DE PROMOCION CULTURAL DEL BANCO DE AMERICA:

SERIE: ESTUDIOS ARQUEOLÓGICOS

1. Nicaraguan Antiquities por Carl Bovallius (Edición Bilingüe)
2. Investigaciones Arqueológicas en Nicaragua Por J. F. Bransford - En Español y en Inglés

SERIE: FUENTES HISTORICAS

1. Diario de John Wheeler
2. Documentos Diplomáticos de William Carey Jones
3. Documentos Diplomáticos para servir a la Historia de Nicaragua - José de Marcoleta

SERIE LITERARIA

1. Pequeñeces ... Cuiscomeñas de Antón Colorado - Enrique Guzmán
2. Versos y Versiones Nobles y Sentimentales - Salomón de la Selva
3. La Dionisiada - Novela - Salomón de la Selva

SERIE HISTORICA

1. Filibusteros y Financieros - William O. Scroggs
2. Los Alemanes en Nicaragua - Goetz von Houwald
3. Historia de Nicaragua - José Dolores Gómez
4. La Guerra en Nicaragua - William Walker
Traducción de Fabio Carnevalini
5. Obras Históricas Completas del Licenciado Jerónimo Pérez

SERIE CRONISTAS

1. Nicaragua en los Cronistas de Indias – Siglo XVI

EN PRENSA

Nicaragua en los Cronistas de Indias - Siglo XVII y XVIII
Complemento a mi Historia - José Dolores Gámez
Historial de El Realejo - Manuel Rubio Sánchez.
Historial de San Juan del Norte - Manuel Rubio Sánchez.

NOTA EXPLICATIVA

Gracias a la desinteresada cooperación del Doctor Félix Esteban Guandique y a las oportunas gestiones del Doctor Máximo V. Navas Zepeda, el FONDO DE PROMOCION CULTURAL DEL BANCO DE AMERICA presenta las OBRAS HISTORICAS COMPLETAS del LICENCIADO JERONIMO PEREZ, editadas y anotadas en 1928 por el Doctor Pedro Joaquín Chamorro Zelaya.

Estas obras, agotadas ya y de muy difícil obtención, son básicas para el estudio de la época y de los personajes de nuestra historia a que se refieren.

La idoneidad del Licenciado Jerónimo Pérez como cronista de los acontecimientos de los que fue contemporáneo, ha sido reconocida a través de los años. Su labor histórica, literaria y biográfica fue fecunda y extensa, y esta nueva edición de sus OBRAS HISTORICAS COMPLETAS, debe considerarse como un homenaje a su memoria y un póstumo reconocimiento a sus altas cualidades de historiador.

NOTA EXPLICATIVA

Gracias a la desinteresada cooperación del Doctor Félix Esteban Guandique y a las oportunas gestiones del Doctor Máximo V. Navas Zepeda, el FONDO DE PROMOCION CULTURAL DEL BANCO DE AMERICA presenta las OBRAS HISTORICAS COMPLETAS del LICENCIADO JERÓNIMO PÉREZ, editadas y anotadas en 1928 por el Doctor Pedro Joaquín Chamorro Zelaya.

Estas obras, agotadas ya y de muy difícil obtención, son básicas para el estudio de la época y de los personajes de nuestra historia a que se refieren.

La idoneidad del Licenciado Jerónimo Pérez como cronista de los acontecimientos de los que fue contemporáneo, ha sido reconocida a través de los años. Su labor histórica, literaria y biográfica fue fecunda y extensa, y esta nueva edición de sus OBRAS HISTORICAS COMPLETAS, debe considerarse como un homenaje a su memoria y un póstumo reconocimiento a sus altas cualidades de historiador.



PRÓLOGO

=====



Desde hace mucho tiempo deseaba reeditar las obras históricas del Licenciado don Jerónimo Pérez; pero las dificultades consiguientes a trabajo tan dispendioso y extenso me estorbaron la realización de aquel proyecto; y seguramente no hubiera pasado de ser tal sin el oportuno auxilio del Excelentísimo Señor Presidente de la República don Adolfo Díaz. Gracias a su interés, a su decidido apoyo oficial y privado, ven de nuevo la luz pública en un solo volumen las obras históricas completas del Licenciado don Jerónimo Pérez. Don Adolfo Díaz no dudó un momento en prestar su valiosa cooperación para que las obras de Pérez, diseminadas en libros, folletos y periódicos varios, y ya casi perdidos, no se acabasen de perder del todo, antes bien salieran de nuevo recopiladas, pulidas y bien impresas, corregidas de los defectos de puntuación y ortografía, propios de la época en que fueron por primera vez impresas. El señor Presidente Díaz colma con esto un vacío que se notaba, de largo tiempo, en lo que podemos llamar la Biblioteca Patria. Es además uno de los actos que honran su Administración, y no de los menores.

La Biografía de Pérez está contenida casi toda en la parte de su obra que intituló *Mis Recuerdos*. Ellos participan de la autobiografía y de las memorias. Su vida aparece en ellos mezclada con los acontecimientos más salientes de aquellas fechas. Sin embargo de remitir a ellos al curioso lector que desee pormenores de la vida de nuestro cronista, cúpleme apuntar los rasgos más salientes de su vida.

Nació don Jerónimo Pérez en Masaya el 30 de septiembre de 1828, y murió en la misma ciudad el 14 de octubre de 1884. Don Jacinto Pérez y doña Antonia Marengo fueron sus progenitores. Bautizóronle con el nombre del santo que trajo, Jerónimo, lo que quiere decir que nació el día o la víspera de aquel Santo, patrono de Masaya. Fue considerada esta circunstancia como un feliz augurio de que el niño Jerónimo se distinguiría en la carrera de las letras en las que tanto brilló su homónimo el Santo. Lo que no se pudo vaticinar entonces fue que, por la misma razón del nombre, la posteridad conocería al célebre historiador con el diminutivo, un poco ramplón y confanzudo, de *Chombo Pérez*.

En 1853 empieza a tomar parte en la política. Ese año lo eligen Sindico Municipal, y el siguiente, Alcalde de Masaya.

Malos tiempos corrían entonces para Nicaragua. Jerez y Castellón, disgustados porque el Presidente General Fruto Chamorro no les llamaba a participar en el Gobierno, invadieron la República con auxilio del General José Trinidad Cabañas, Presidente de Honduras. Pérez nos refiere la llegada de don Fruto a Masaya después del desastre de “El Pozo”; cómo le persuade él a seguir a Granada; y cómo él mismo, lleno de temor, deja la vara y huye. Figura en la guerra civil entre los legitimistas; sus ideas de católico práctico excluyen los principios dieciochescos que, encarnados en el liberalismo, comenzaba a desarraigar de Nicaragua las costumbres patriarcales y sanas. A pesar de que Pérez lee con el doctor Rosalío Cortés, su maestro y amigo, a Voltaire, a Rousseau, a Volney, su fe y su fidelidad a la Iglesia Católica permanecen firmes e inalterables.

En aquellos momentos de lucha intestina tienen efecto dos acontecimientos, tan insignificantes en sí mismos que ni Pérez ni nadie los toman en cuenta como momentos decisivos en su vida. Pérez escribe su primer ensayo literario; Pérez conoce al que después sería el General Tomás Martínez. Con el primero de estos insignificantes sucesos, Pérez muestra su vocación de escritor. Cuando el Presidente Lcdo. José María Estrada le envía impreso su *Adiós al año 54 y felicitación al 55*, sintió un gran placer, el que sintió Dickens cuando vio en letras de molde su primer trabajo, el que siente todo novel escritor al contemplar en sus escritas una revelación hasta para sí mismo. Desde ese momento Pérez es escritor. José María Estrada, al recibir con indulgencia el humilde ensayo de su antiguo discípulo, le allanaba el camino, lo animaba en el primer impulso. De poco le hubiera servido este feliz comienzo, sin embargo, a no haber sido por el otro insignificante acontecimiento, haber conocido allí mismo al que entonces era el Capitán don Tomás Martínez, un joven delicado, de cuerpo endeble, de quien decía Cachirulito, su jefe, que “estaría más propio para mandar una compañía de mujeres”; pero que a poco empezaría a mostrarse el mimado de

la fortuna, o hablando en lenguaje cristiano, el escogido por la Providencia para poner fin a la carnicería de hermanos en Nicaragua y sacar al país del caos, poniéndole nuevas y firmes bases que dieron por resultado treinta años de paz y prosperidad. Este hombre, que mandaría en Nicaragua durante diez años, era el nuevo amigo de Pérez, el que debía ayudarle en su vida y bajo cuya sombra andaría su camino de político – testigo histórico- y el menos halagüeño de escritor.

Después de la toma de Masaya por los legitimistas o conservadores, restituyóse Pérez a aquella plaza llamado por el General don Fernando Chamorro para que siguiera en sus funciones de Alcalde. Sin embargo, Pérez es enemigo de las medidas enérgicas, no se presta a oprimir a los vencidos, niégase a dictaminar a favor de una sentencia de muerte, inventa un pretexto y huye a Rivas. Esta actitud y su natural magnánimo con los del bando contrario, le hacen sospechoso entre los suyos. Su proceder no era en realidad sino su manifestación de un corazón sensible, de un temperamento cristiano. Visto desde esta distancia, Pérez resulta ser uno de esos rarísimos ejemplares de hombres buenos que en las ocasiones más caldeadas por los excesos políticos, aparecen al margen de los hechos apasionados como la imagen de la prudencia y la serenidad.

No son estas sus únicas tribulaciones. Gaitán, el indio afortunado de pocos asaltos, medio bandido, medio caudillo, le ha puesto ojeriza. Ciertos agravios viejos son la causa, acuciados por la ocasión de ser Pérez el jefe y guardador de la *Factoría de Tabaco* que ha interesado la codicia del indio. La Providencia salva a Pérez esta vez; como le salva luego de las manos de Walker por mediación del General José María Valle, el llamado *Chelón*, servidor del filibustero. El magnánimo proceder de Pérez empieza a darle frutos.

Huye de Walker, y como el modo más seguro de librarse es haciéndole la guerra, se alista entre los soldados de la campaña nacional. En uno de aquellos campos de la muerte, al pie de una ceiba, al son del cañón, bajo la lluvia monótona y penetrante, nació la idea de escribir la historia de aquellos momentos angustiosos y heroicos. A pesar de la guerra y de que él está ocupado en ella de modo eficiente, emprende su trabajo y consigue escribir buena parte de su obra.

El General Martínez, verdadero hombre de estado, más por instinto que por educación, conoce los recursos que pueden ser útiles a un hombre de su carrera. El periodismo, en pañales por aquella fecha en Nicaragua, recibe impulso de Martínez enseñado sin duda por el éxito que alcanzó Walker con “El Nicaragüense”. Un general necesita combatir con la espada y la pluma. Martínez maneja la primera y pone en manos de Pérez la otra, haciéndole redactor de “El Telégrafo Septentrional”.

Con la calma que sucedió en Nicaragua a la guerra nacional, la vida de Pérez cambia de aspecto. Hace su primer viaje a los Estados Unidos, y encuentra con sorpresa que los yanquis pueden ser atentos y finos. “¡Tanta atención de un yanqui!” exclama sorprendido. Privaba en Nicaragua la opinión de que todo americano del norte era filibustero, gente cruel y rapaz. Walker y los suyos dejaron tal impresión en el pueblo nicaragüense.

En los Estados Unidos conoce a varios personajes: a Buchanan, Presidente de la Unión; al General José Antonio Páez, uno de los próceres de la libertad venezolana; a Antonio José de Yrizarri, nuestro ministro en Washington, cuyo carácter disimulado y su actuación en el proyecto de tratado Cass-Yrizarri dejan mala impresión en Pérez. Pero el conocimiento que mejor aprovecha el futuro historiador es del General y Licenciado Máximo Jerez. Pérez estrecha amistad con el caudillo liberal, a quien sirve de secretario en aquella misión especial a Washington; conversa largamente con él sobre la actuación política y militar del Licenciado; recoge y guarda las confidencias del General. Pérez lo aprovecha todo, todo lo traslada al papel para que no falten datos a la historia con que estudiar a Jerez, al verdadero Jerez, muy diverso de aquel Jerez fantaseado por sus amigos; *postmortem*, el que gracias a ellos, ha merecido una estatua. Jerez, no exento de cándida chifladura, se franquea a Pérez. Muestra éste sus manuscritos a Jerez, y el General los lee y los aprueba. A veces se echa toda la culpa de ciertas cosas feas de aquella fea guerra civil de 1854; otras, confiesa llanamente que la intromisión del filibusterismo a Nicaragua es obra suya y efecto de un despecho político; sin embargo, fuerza es admitir que Jerez se muestra arrepentido de este paso odioso y de resultados totalmente adversos a las ambiciones del General y Licenciado; pero se arrepiente con un arrepentimiento muy suyo, porque hace constar que *en parecidas circunstancias volvería a traer a los filibusteros a Nicaragua*. Mas en ninguna parte como en el párrafo XXIV de *Mis Recuerdos* retrata Pérez al Licenciado de cuerpo entero. Toda la veleidosidad e inconstancia que fue la clave de la vida agitada y destructora de Jerez, aparece en la corta pero realísima escena que nos describe el cronista masayés.

En septiembre de 1860 fue llamado Pérez a hacerse cargo de la cartera del Interior, lo que hoy se conoce con el nombre de Ministerio de la Gobernación, para reponer al doctor Rosalío Cortés. El Senador General don Fernando Chamorro, muy querido y admirado de Pérez, estaba entonces encargado del Poder Ejecutivo por enfermedad de Martínez, y él llamó a Pérez para solucionar la crisis ministerial que por entonces agitaba los ánimos. En el Ministerio estaba Pérez cuando fue llamado a

ocupar asiento en el Congreso como diputado por el Distrito de Masaya. Aunque su candidatura era el resultado de un movimiento para hacer a Masaya un Departamento independiente, Pérez manifestó desde un principio que no quería ir con tal enseña a la lucha, y no pasó a más por entonces el proyecto. En el Congreso no desdeña el joven Pérez medir sus armas con Jerez, Zeledón y otros liberales avezados a las luchas parlamentarias, a quienes casi siempre lleva la contraria.

Por este tiempo se empezó a debatir la elección del sucesor del General Martínez quien, para el año 1863, concluía su primer período constitucional. Desde luego surge en el debate la candidatura del propio Presidente para ser reelecto. Pérez, amigo incondicional de Martínez, con quien en breve le unirán vínculos de afinidad, pues principiando el año 1864 se casa con María de Jesús Martínez, hermana del Presidente, abraza la causa de la reelección y la defiende. No se puede disimular que el honrado masayés, casi siempre imparcial y justo en sus narraciones históricas, peca esta vez de parcial, como lo hace sensiblemente en cada ocasión en que es forzoso sincerar a su cuñado. En efecto, aquel paso errado de Martínez ni fue un acto puro ni correcto de su administración, pues escamoteó el triunfo del candidato de oposición don José Joaquín Cuadra, quien en realidad ganó la elección; ni se vio ajeno a las graves consecuencias que traen consigo las violencias del poder para contradecir lo que manifiesta la opinión pública en los comicios, y lo que antes se ha ordenado en la Constitución, ya que de tales incorrecciones nació una fuerte oposición con amagos de guerras civiles. De allí que el segundo período de Martínez no fuera comparable a la bondad y fecundia del primero; pero no se le debe negar una comprensión y deseo de corregir su error, pues invitado por sus amigos a seguir en el poder, jamás quiso consentir en ello, aunque lo pudo hacer.

Caido Martínez, Pérez deja la política, pero no la pluma, enseñado a la constancia en las tareas intelectuales con el trabajo del primer tomo de las *Memorias para la Revolución de 1854*, que publicó en 1865, su actividad literaria se ha vuelto una costumbre. Escribe biografías, relata sus viajes, lee sus memorias, imprime sus libros y funda, en 1875, el periódico quincenal “La Tertulia”, nombre de la sociedad que lo apoya y fomenta. Este quincenario es en realidad una revista histórica. En él aparecen los trabajos más importantes de Pérez. Ignoro por qué causa se suspende “La Tertulia” el 1° de octubre de 1876; pero Pérez vuelve a sacarla un año después, el 5 de septiembre de 1877. Ya entonces el periódico se declara revista histórica. No vuelve a la lucha, declara, sino al tema favorito de “*los cuentos viejos*”.

En este mismo número aparece la primera página de la extensa *Biografía del General Tomás Martínez*, el trabajo de más empuje de Pérez. “La Tertulia” renace sólo para publicar esta biografía; su última página es el último número del quincenario. Después de impreso el periódico, se sacaba otra tirada por aparte para formar el volumen grande, a dos columnas, en que es más conocida la Biografía de Martínez. Junto con ella empezaron a salir *Mis Recuerdos*, y las defensas que se vio obligado a escribir para justificar sus narraciones y juicios históricos.

Además de sus obras históricas, están sus polémicas, viajes, artículos varios, pocas poesías y algo más que, muy a mi pesar, me veré obligado a excluir de este volumen, tanto porque su objeto es solamente histórico, como porque el libro ha llegado a alcanzar proporciones extraordinarias.

Pérez escribió constantemente, y cada vez que toma la pluma su preocupación dominante es enseñar a la juventud.

Sus trabajos son dedicados a la juventud; sus memorias o recuerdos son lectura para sus jóvenes discípulos; si reasume la redacción de “La Tertulia” es para “procurar algún bien a la juventud”. Campea en este prurito de Pérez una modestia notable. Sus escritos no son para que los escudriñen los viejos con aires de superioridad, ni para los seudos sabios que sonreirán con menosprecio a las ideas del hombre cristiano y temeroso de Dios; él es el sembrador que tira la semilla en el campo exuberante y virgen de la juventud. ¡Qué bien lo hizo! ¡Cómo acertó! Los que a la par suya escribían periódicos y revistas con superior estilo, no hay duda, con frase mejor cortada; los que hacían mofa del pobre Pérez porque escribía su propia vida, no existen ya en la memoria de las gentes; sus libros y periódicos no son codiciados, ni se buscan, ni se reeditan; sus testimonios no son citados por autores extranjeros, ni se cuenta con su cooperación para escribir historias sobre el aún emocionante drama del *Último Filibustero*. ¡Qué bien hizo! ¡Cómo acertó Pérez! ¡Ojalá muchos lo imiten; dejen el artículo candente, la gacetilla punzante, la invectiva feroz, y se dediquen a recoger la historia dispersa y enseñarla a la juventud, purgada de torceduras y falsedades.

Sobre Pérez, como escritor, mucho se ha dicho, si bien nada se ha escrito. Todo el mundo opina que escribe mal; sin embargo, una vez me dijo mi recordado amigo y sabio filólogo Dr. Juan Manuel Siero que Pérez, sin ser un modelo de estilo ni mucho menos, no escribía tan mal como la mala fama lo acreditaba; que puntuando bien sus escritos y limpiándolos de

faltas de ortografía, ganaba inmensamente. Él había hecho la prueba pues copió y puntuó para la revista "Próceres" la *Biografía de Argüello*.

En efecto, algo hay de esto, pero no es ello todo. Pérez bien puntuado, sin faltas de ortografía, limpiamente impreso, todavía resulta de un estilo y de una gramática muy deficientes. Su mérito, por lo tanto, no estriba en el estilo, ni nunca se le ha apreciado por esa parte. Su mérito consiste en haber dejado la única fuente histórica de la época más fecunda y trascendental de nuestra vida independiente. Su narración generalmente es serena, ajustada a la verdad, aunque sus reflexiones no se parecen a las de Tácito ni en lo acertado ni en lo oportuno. Con todo, no es imposible pasar inadvertido que cuando le toca historiar al General Tomás Martínez, aquella serenidad y justeza padecen un poco de mengua, si que sea posible al lector no darse cuenta que en tales ocasiones el historiador desciende a ser apologista de Martínez, o se convierte en acalorado defensor de su causa o de sus errores.

Como polemista, Pérez, siempre incorrecto, es más fuerte, más lógico y persuasivo; sobre todo, revélase en ese género una cualidad suya que no aparece ni perfilada en sus obras históricas: una ironía fina que casi siempre se trueca en cruel sarcasmo. En las mallas de su lenguaje revésado, toma al adversario, lo vence con lógica aplastante y le aplica de paso las ventosas de sus burlas sangrientas. Nada hay en este Pérez del Pérez cándido e infantil de las historias.

Pérez, con mejor preparación, hubiera logrado librarse del mal estilo dominante en la época, sería ahora un escritor nacional de primera clase. Fue capaz de un gran esfuerzo, pero le faltó la forma fina y propia para narrar, que hace de la historia un poema. No fue culpa suya ni defecto sólo suyo; el tiempo no daba más; el defecto era general; la elegancia, propiedad y soltura en el escribir, eran raras; los clásicos, eternos maestros, yacían relegados al olvido si no eran totalmente desconocidos. Sólo uno que otro, Tomás Ayón, Enrique Guzmán, salieron de aquella generación pulcros y buenos hablistas; pero eran jóvenes, viajaban, manoseaban los clásicos, aprendieron la gramática, vinieron al mundo con aquel don natural que se llama sal ática...

Pedro Joaquín Chamorro

Managua, diciembre de 1928.





LICENCIADO DON JERONIMO PEREZ

Autor de estas obras